

20 cts.

REPRODUCCION

**Tomo II, Nos. 37 y 38**

# Reproducción

Tomo II, Nos. 37 y 38.—20 de Agosto de 1920

Director:

Elias Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 250

## SUMARIO

1. *El espíritu conservador* .... W. J. KERBY
2. *Los dos reconocimientos* ... GEOFREDO
3. *Miscelánea*..... EL DIRECTOR

Administración:

Botica de La Dolorosa.

Imprenta Crejos Hnos.

# El espíritu conservador

por William J. Kerby

Según el autor, el conservador es el apóstol de los hechos: el radical, el apóstol de las generalizaciones. El conservador ve, en tanto que el radical interpreta. Citando a Emerson, dice que ambos son «una buena mitad, pero un todo imposible». Para la civilización, afirma, representa gran valor la resistencia de la mente conservadora hacia todo lo que el radicalismo representa. El conservador es el apóstol de lo establecido, en tanto que el radical es un soñador impulsivo. El espíritu conservador es el órgano de responsabilidad y de cautela en la sociedad. El radical, con su atrevida adopción del nuevo pensamiento, prepara, en cambio, la vía del progreso. Ambos se necesitan mutuamente. Ambos buscan la verdad, pero difieren en método y en concepto.

En el orden social, las hipótesis son aristocráticas, en tanto que los hechos son plebeyos. Dése a cualquier conjetura plausible el nombre de hipótesis o principio, y en el acto toma la apariencia de gran señor. Ascende a un trono y según la frase de Lowell, (1) pide que

---

(1) James Russell Lowell, poeta, escritor, hombre de ciencia y diplomático, hijo de Charles Lowell: nació en Cambridge, Massachusetts, el 22 de febrero de 1819; murió allí mismo, el 12 de agosto de 1891.

los hechos se detengan para rendirle homenaje al pasar. Las hipótesis no pueden afectar a los hechos; pero el hecho más insignificante puede echar abajo todo un sistema filosófico. De allí que, cuando un hecho amenaza a alguna hipótesis, el que la sustenta sienta el impulso de negar el hecho. Cierta erudito, a quien se preguntaba en qué forma podía explicar un hecho auténtico y reconocido, que estaba en oposición con su filosofía, respondió clara y sencillamente: «No intento explicar el hecho. Lo niego».

El gusto por las hipótesis no se aviene con la inclinación a los hechos y tiende a afectar el criterio sobre lo concreto. Ocurriré así porque las generalizaciones no abarcan los hechos en sus diferentes aspectos. Tocan solamente a ciertos puntos, cuando los hechos requieren precisamente por su índole el reconocimiento absoluto. En el universo, todo es cuestión de detalles. Y, sin embargo, son las generalizaciones las que permiten a la inteligencia manejar las enormes cantidades de hechos que maneja.

Tanto los hechos con sus abrumado-

ras imposiciones, como los sistemas que tratan de sintetizarlos, son necesarios para la vida social.

El conservador es el apóstol de lo establecido; el radical, el profeta de las generalizaciones. El conservador ve, en tanto que el radical interpreta. Se desagradan mutuamente, y desconfían los unos de los otros. Cada cual es la medicina única capaz de reformar los desórdenes constitucionales del otro. Cada cual es completo en estructura, pero incompleto en su funcionamiento. Cada uno es, usando la frase de Emerson, «una buena mitad, pero un todo imposible». El espíritu conservador, en la forma en que se desarrolla su acción, es de importancia esencial en nuestras instituciones. Un rey niño durmiendo en la regia cuna es tan útil como un filósofo para mantener la estabilidad de las instituciones, porque un monarca es un símbolo a la par que una personalidad.

La naturaleza no confía la estabilidad de las instituciones al resultado de un debate. En tiempo de revolución, las instituciones se ponen a prueba, en mayor o menor escala, por el debate; de

allí el peligro de las revoluciones. ¿En qué quedarían convertidas la estabilidad del orden social, la sanción, las normas y partidos, las diversas leyes de propiedad, la adaptación de ideas y sentimientos que constituyen el orden social, si el puro razonamiento pudiera desequilibrar al espíritu conservador? El orden natural está profundamente interesado en la actitud conservadora, pero no se cuida mucho de argumentos conservadores. La oposición a cambios radicales es de importancia vital para que se desarrollen lentamente. La civilización ha establecido leyes perentorias de reforma que los radicales violan constantemente. Es imperativa la oposición al cambio. Que la oposición se produzca a veces en forma injusta, a veces con sorprendente estolidez, intransigencia y dolo, no es consecuencia del orden natural, cualquiera que sea el concepto y la lógica de las cosas. La lógica se impacienta con el espíritu conservador, porque los argumentos de éste son erróneos a veces, pero el orden natural no se altera. El conservador puede estar errado hasta la médula en sus argumentos con tal que su actitud sea correcta.

La naturaleza debe proteger a los caudillos conservadores contra sus propias limitaciones. Si el presidente Wilson se dejara desviar de sus principios por los argumentos de Mr. Gompers, (2) si Mr. Gompers sufriera la influencia de los argumentos de Mr. Debs (3) y si Mr. Debs pudiera vacilar en su radicalismo por las razones de uno de los partidarios del impuesto único sobre terrenos, nuestras instituciones se derrumbarían en desesperanzada confusión. Los fundamentos del orden social no están formados de silogismos: se han edificado con convicciones. Por tal razón comprendemos el valor que representa para la civilización aquella persistente y orgánica resistencia de la mente conservadora hacia todo lo radical y hacia todo lo que el radicalismo representa. Si la tierra fuera plana, a menos que las aguas de la superficie fueran absorbidas, se estancarían, haciéndose malsanas. La naturaleza ha obviado esta dificultad redondeando la superficie de la tierra para asegurar una desecación satisfac-

---

(2) Samuel Gompers, caudillo de la clase obrera y presidente de The American Federation of labor.

(3) Eugene V. Debs, orador socialista radical, muy influyente.

toria. Las aguas fluyen por el declive de la superficie. La naturaleza ha dado cierta inclinación a la mente humana. Los argumentos fluyen de acuerdo con la ley de gravitación mental, siguiendo las vueltas de nuestras pendientes mentales. Los prejuicios, la ilusión, la filosofía, el concepto establecido de lealtad a ciertos métodos, convicciones o caudillos, como se encuentran en la mente conservadora, la protegen eficazmente contra el flujo de argumentos con que nos inundan los radicales. Los argumentos de los radicales, en cuanto a su influencia sobre la mente conservadora, pueden definirse con la feliz y doble metáfora de un orador popular, de «echar agua a los patos» y de que «por una oreja entran y por la otra salen».

«El congreso está por lo que es y se opone a lo que debería ser», decía, hace algunos años, un senador de los Estados Unidos, dirigiéndose a una convención de arquitectos. Esta declaración pinta la situación en una sola pincelada. El conservador es el profeta de lo establecido, de las cosas conforme están. La lógica, las teorías, los ideales, aúnan sus fuerzas para atacarle; pero él conti-

núa impávido e inflexible. Su actitud es más firme que el poder penetrante de los argumentos adversos. Los conservadores están debajo de la línea de congelación; y, por consiguiente, las variaciones de temperatura de la superficie no los afectan. El espíritu conservador es la caja de hierro de la civilización, con una cerradura de tiempo que la misma naturaleza abre con lentitud y cautela. El conservador es el guardián de las puertas del progreso. Está convencido de ser el custodio de la civilización, el regulador de los pesos y medidas de la ética, de acuerdo con los términos en que deben verificarse las transacciones de la vida.

El conservador práctico no observa relación particular alguna entre la verdad y la prueba de una aserción. Después de todo, según marcha el mundo, la discusión consiste principalmente en medir la información que posee cada uno de los contrincantes. Es una comparación de los puntos de conocimiento con el fin de determinar entre cierto número quién tiene mayor proporción y mejor dominio de sus argumentos; exactamente como cuentan y comparan

sus bolas los chicos. El vencedor está seguro hasta que se presenta otro muchacho en el juego, con mayor número de bolas. El conservador es el apoderado de la naturaleza, pero ésta revoca sus poderes a voluntad. Es esencialmente pragmático. Las instituciones se han establecido; luego, son legítimas. Las instituciones están en funcionamiento; luego, las presunciones están en su favor. Ninguna institución es universal en sus efectos; por consiguiente, debemos ser tolerantes con muchos de nuestros errores y hacer nueva provisión de tolerancia para cuando volvamos a errar.

El radical, por el contrario, encuentra profunda relación entre la prueba y la verdad de una aserción. Por esto le agrada discutir. Cree que el proceso intelectual obedece al silogismo como obedecen a un rey amado sus leales vasallos. Por consiguiente, el radical cree en el debate, le agrada, y desafía al conservador a discutir siempre que encuentra la oportunidad. Sin embargo, esto es ilusorio, porque el proceso intelectual del radical obedece a la inclinación de su mente, con la uniformidad de

una ley. La naturaleza ha procurado una válvula mental de escape que divide el proceso intelectual de la mente conservadora y de la radical en forma tan definida como la que determina el rumbo de las aguas en una cadena de montañas. El radical es siempre un soñador impulsivo.

Bulwer Lytton dice en su *Kenelm Chillingly*: (4)

Los filósofos morales han abotagado a tal punto su cerebro con el alcohol de las nuevas ideas, que sus piernas morales flaquean, y los hombres deberían enviarlos a la cama en vez de sermonearlos.

Estas palabras expresan muy bien el concepto que los conservadores tienen de los radicales en general.

El radical conoce las aspiraciones mucho mejor que la historia de la humanidad y proclama estas aspiraciones con efecto insinuante. La tendencia general de la preparación científica procede en el sentido de un hábito radical de la mente. Mas, a pesar del impulso tremendo dado a la instrucción, la natu-

---

(4) Famosa novela de Edward George Earle Lytton Bulwer, primer barón de Lytton, quien nació en Londres el 25 de mayo de 1817; murió en Torquay, el 18 de enero de 1873; notable novelista, poeta, dramático, político y orador.

raleza tiene el cuidado de preservar una gran proporción de espíritu conservador en actividad. Bancroft (5) dice, a propósito de Virchow, (6) ardiente adepto a la política, que era tan radical «COMO LO SON NATURALMENTE LOS HOMBRES DE CIENCIA SINCEROS».

Las palabras del profesor Clark expresan la misma convicción:

El hábito de pensar en términos científicos hace que el hombre acoja hospitalariamente las nuevas ideas. Todo aquel que cultiva este hábito es más accesible a la convicción que las personas ignorantes. Está acostumbrado a buscar la verdad y deja que la investigación le conduzca dondequiera que sea. Examina la evidencia que parezca convincente aun cuando sus deducciones le arrastren a una conclusión inesperada y poco placentera.

Si la memoria no me engaña, Hohelohe se sentía alarmado del gran sistema escolar que Alemania desarrollaba, y proponía que los requisitos de admisión

---

(5) George Bancroft: nació en Worcester, Massachusetts, el 3 de octubre de 1800; murió en Washington, el 17 de enero de 1891; historiador, estadista y diplomático; sus obras más famosas son la *History of the United States* (diez volúmenes) y la *History of Formation of the Constitution of the United States* (dos volúmenes). —

(6) Rudolf Virchow: famoso anatomista, fisiólogo, antropologista, fundador de la patología celular; nació en Schivelbein, Pomerania, Prusia, el 13 de octubre de 1821; murió en Berlín, el 5 de setiembre de 1902. —

a las escuelas fueran todavía más exigentes, so pena de que la patria llegara a encontrarse con proletariado instruido y radical entre las manos. En este mismo espíritu, Louis Blanc, uno de los primeros radicales que ingresara al parlamento francés en 1848, admitía sin reserva los peligros que una instrucción general implicaba para la estabilidad de las instituciones.

La instrucción seglar está acompañada de una independencia creciente de la mente, de mayor aptitud para la duda, pues que la aceptación de las ideas se basa en la evidencia sin cuidarse de las consecuencias. La instrucción tiende a ensanchar y afirmar el dominio de la razón en la vida del hombre. Ahora bien: el gran peligro contra el cual debe protegerse al orden social es el razonamiento. El razonamiento tiene tantos peligros como la ignorancia. Morley (7) se expresa de la manera siguiente acerca de Edmund Burke:

Si se estimula a todos los individuos a lanzarse sobre cualquier tema sin la res-

---

(7) John Morley: nació en Blackburn, Lancashire, Inglaterra, el 24 de diciembre de 1838; eminente estadista y autor contemporáneo.—

tricción que proviene del sentimiento de la propia debilidad y de su lugar correspondiente en el vasto esquema de las cosas, nada quedará de todo aquello que el concepto de los tiempos está de acuerdo en calificar de bueno y respetable, que no se vea expuesto a la ruina bajo el impulso de la crítica racionalista.

Además, las enseñanzas precisas de Burke ponen de manifiesto que no es posible medir las instituciones civiles por la norma de la pura razón y que las conclusiones lógicas son las más perniciosas (8). Mallock (9) expresa sentimientos análogos en *The immortal Soul* (El alma inmortal).

Si la lógica, la razón, la evidencia, fueran el único fundamento de la fe, las antiguas creencias por las cuales han vivido los hombres se destruirían más rápidamente de lo que pudieran establecerse otras nuevas.

Es digno de citarse aquí un pasaje notable de la *History of European Morals* de Leckey, que corrobora esta opinión.

Sería difícil dar importancia extrema al

---

(8) ¡Cuando el punto de partida es falso!— E. J. R.

(9) William Hurrell Mallock, autor inglés: nació probablemente en Devonshire, en 1849.—

número de aquellos cuyas convicciones genuinas siguen la irresistible tendencia de las propias inclinaciones. Por el término «inclinaciones» queremos significar no solamente el bienestar material, sino todas aquellas aspiraciones de la mente, todas aquellos canales y estrías del pensamiento, tan fáciles y agradables de seguir como penoso y arduo abandonar. Tales son: el deseo de holgura, el deseo de seguridad, el deseo de sistema, las tendencias de la pasión, las asociaciones de la mente, tanto como la mezquina influencia de la posición social, la felicidad doméstica, el interés profesional, el espíritu de partido o la ambición.

El espíritu conservador es contemplativo, en tanto que el radical analiza. Al analizar los hechos sociales, nuestra mente percibe tan sólo cierto aspecto de las cosas. En la contemplación, sin embargo, estamos absortos por la visión, y el razonamiento sólo consigue perturbar las ventajas de nuestra posición sin añadirles fuerza alguna. El espíritu radical consume su energía en adoptar actitudes apasionadas; de allí que tantas mentes analizadoras sean irritables y que el movimiento radical sea nervioso, intolerante e intratable. Tenía razón Ruskin al decir a Nor-

ton: (10) "El análisis es cosa abominable". Mas, por extraña peculiaridad, estas premisas son sólo parcialmente verdaderas. El conservador es contemplativo en cuanto se refiere a la realidad, pero es analítico frente al ideal completo. Entonces lo analiza, se resiste y arguye. En cambio, el radical es analítico y rebelde ante el orden social establecido, pero se vuelve contemplativo sin discernimiento cuando se trata del ideal. El conservador toma en serio los ideales, pero manteniéndolos a una distancia desde donde puedan brindarle luz, consuelo e inspiración. El radical se aproxima tanto al ideal que su mente se inflama con intensidad semejante a los incendios de las praderas del oeste. La imaginación hace que la mente radical salte sobre los obstáculos, dejando atrás los problemas de la vida real, del mismo modo que un tren lanzado a gran velocidad deja atrás los postes del telégrafo plantados en la vía. El conservador se asemeja al viandante que

(10) Charles Eliot Norton, autor, hijo de Andrews Norton: nació en Cambridge, Massachusetts, el 16 de noviembre de 1827; murió allí mismo, el 21 de octubre de 1908.—

avanzara mirando el suelo de la carretera sin echar una ojeada al horizonte, dedicando atención preferente al cuidado de la vía, de la cual depende la seguridad del tren a gran velocidad.

La mente radical es brillante y fácil en cuanto se refiere a generalizaciones o ideales, en tanto que la mente conservadora es pesada y glucosa. El conservador ocúpase laboriosa y pacientemente de reunir hechos mediante los cuales pueda convencer a su auditorio, mientras que el radical confía en unas cuantas hipótesis y en sus magnificentes descripciones del ideal para conquistar a su público. Despliega sus principios y sus generalizaciones ante el tímido conservador, y le desafía a pasar sobre ellos como sobre un puente entre los hechos y el ideal. El conservador, no obstante, con la cautela de un ponderoso elefante, prueba cuidadosamente cada una de las planchas antes de afirmarse en ellas con todo su peso. Si el conservador nota que las planchas son débiles, se resiste a arriesgarse, por lo general. Una tabla estadística le ofrece piso más seguro.

Arquitectónicamente la mente radical presenta los rasgos característicos de volumen sin peso propios del estilo gótico. Veinte hechos pueden abrumar a un hombre y estorbar sus pasos, pero los principios son imponderables. Veinte principios no pesan más que uno solo. La disposición de la mente radical y de la conservadora demuestra claramente la sabiduría de la naturaleza. La mente conservadora es como una casa de departamentos, mientras que la mente radical se asemeja a un auditorio, al *aedes* de los romanos. La vida está llena de inconsecuencias. La controversia existe en el seno de todas nuestras instituciones. Intereses de índole la más divergente se mezclan en casi toda vida individual. Como resultado, llegamos a descubrir que la estabilidad es imposible a menudo y, sin embargo, nos obstinamos en conseguirla. Brocklehurst dice, en la *Jane Eyre*, (11) de Charlot-

(11) Famosa novela de Charlotte Bronte, publicada en 1847 bajo el seudónimo de Currer Bell: la heroína, Jane Eyre, es una mujer a quien la autora supo hacer interesante a despecho de carecer de belleza, dinero, posición y todos los atributos convencionales de una heroína de novela. Se dice que el libro es, en parte, una autobiografía y motivó grandes comentarios, poniendo a su autora en gran relieve ante el público.

te Brontë, que la estabilidad es el primer deber cristiano. En todo caso, es difícil obtenerla. La vida produce inconsecuencias. La naturaleza produce un tipo mental que puede tolerarlas y vivir en su centro. La mente conservadora es capaz de realizar esto: puede colocar sus diversas opiniones en compartimientos separados. Viven próximas las unas a las otras, pero no necesitan reunirse, como no lo necesitan los moradores de una casa de departamentos. Cuando se reúnen, opiniones contradictorias, las fórmulas convencionales de saludo son suficientes para evitar la fricción. Por ejemplo, las opiniones políticas de un hombre pueden decir un cortés «Buenos días» o «Buenas tardes» a sus otras opiniones cuando se encuentren en el pasillo. Verosímilmente, no podrían vivir en el mismo departamento. El concepto de los negocios puede actuar en forma impertinente cuando tropieza con los principios morales. El método de viviendas independientes para las opiniones se ha adoptado con gran amplitud en la vida, por mucho que

nos disguste y nos contraríe. (12).

Indudablemente la vida ideal es cohesiva y estable y da a las normas morales y espirituales la supremacía que les corresponde. Pero ahora tratamos de los hechos y del proceso mental, y no de las leyes morales. Es positivo que la vida está llena de inconsecuencias y que la naturaleza ha dotado a la mente conservadora en forma de sobrellevarlas. George Eliot (13) llama al cerebro «un nido congenial de creencias inconsistentes».

La ilustración clásica de la inconsecuencia de la mente conservadora se encuentra en su actitud hacia la revolución. La mente conservadora admite la última revolución, pero es enemiga declarada de la próxima. Sólo admite el principio revolucionario retrospectivamente. Admite únicamente las revoluciones que no le interesan o la revolución que las produjo. El radical, por el contrario, afirma el principio revolucionario.

---

(12) ¿Por qué os contraría? El método de dejar a un lado la lógica es el más cómodo. ¿Os disgusta, pero decís que habéis obtenido la estabilidad!-E. J. R.

(13) Mary Ann Evans, célebre novelista que escribía bajo el pseudónimo de George Eliot; nació en Arbury Farm, Warwickshire, Inglaterra, el 22 de noviembre de 1819; murió en Chelsea, Londres, el 22 de diciembre de 1880.

Cuando la próxima revolución establezca dicho principio, entonces correrá tras otro nuevo.

La mente radical es desemejante arquitectónicamente a la mente conservadora. No es una casa de departamentos, sino más bien una vasta estancia, de líneas frías y severas, cuya monotonía jamás se rompe por un muelle rincón o algún atractivo retiro. No hay nada oculto. Todas las opiniones, emociones, conceptos y sistemas deben vivir juntos en plena y recíproca visión perpetua. La mente radical no escapa a ninguno de los extremos de la consecuencia. Tal condición provoca un desgaste del sistema nervioso del radical, que nos ofrece el medio de penetrar muy adentro en la psicología y la ley a que obedecen las revoluciones. La coordinación lógica, la unidad consistente, el rígido silogismo, el sistema, florecen con vigor irresistible. Todo debe estar en armonía con lo demás.

La consecuencia de la verdad con la verdad no es gusto que se adquiere. Nos capacita para proceder de la verdad conocida a la desconocida. Los filósofos científicos admitían el principio del Ve-

*rum vero vere nunquam repugnat.* Pero la consecuencia en las relaciones sociales y en la vida diaria es cosa muy diferente. El conservador puede comprometerse a causa de su tendencia a la inconsecuencia, como sucede a menudo. El radical, en tanto que continúe siéndolo, no puede comprometerse mentalmente en ninguna forma. De allí que pierda la jovialidad y que el conservador la tenga. Este atraviesa la vida con doble alegría y el primero con doble pérdida (14). El radical es, como Goldsmith decía de Burke, «demasiado afecto al derecho para perseguir el expediente».

El radical acusa a los conservadores de falta de honradez, en tanto que el conservador declara que los radicales son peligrosos. Ambos están equivocados, sin duda alguna. El gran error del radical estriba en confundir la consecuencia con la honradez. La consecuencia se refiere a la relación de las opi-

---

(14) Si la vida ideal es cohesiva y da a las normas morales la supremacía que les corresponde, según acaba de decirlo el Autor, ¿de dónde viene la afirmación de que el conservador «atraviesa la vida con doble alegría»? Afirmar esto es volverle la espalda a la historia, cosa imperdonable a un conservador. ¿O se refiere a la alegría de quien se tapa los ojos para no ver? ¡Bonita alegría!—E. J. R.

niones entre sí, en tanto que la honradez se refiere a la relación de la propia persona con las opiniones que expresa. Podemos ser conscientemente inconsecuentes, pero no podemos dejar de ser honrados conscientemente sin saberlo. La relación de la mente conservadora, con respecto a las opiniones que expresa, es generalmente honrada, aun cuando pueda encontrarse la mayor inconsecuencia entre el campo que separa una opinión de la otra. Es difícil mantenerse ecuánime ante la definición de un solo aspecto del espíritu conservador que enunció cierta vez Oliver Wendell Holmes. (15) En su concepto, ser conservador

es ahogar toda expresión del pensamiento y cerrar las ventanas del alma, para evitar el acceso del sol del levante y del aire del poniente; dejar que las ratas corran en libertad por el sótano, que la polilla se nutra a placer en los aposentos y las arañas tiendan el encaje de su tela cubriendo los espejos, hasta que se produzca la infección del alma a causa de nuestra negligencia y principiemos a roncar en el coma o a disparatar en el delirio.

---

(15) Poeta, escritor y novelista norteamericano; nació en Cambridge, Massachusetts, el 29 de agosto de 1809; murió el 7 de octubre de 1894.

Este concepto se refuta a sí mismo. Es enteramente indigno de un hombre de ciencia.

Después de lo peor que se haya dicho acerca del conservador, queda aún incólume su papel supremo, que, citando de nuevo a Morley, es:

Reconocer la prioridad de los actos de moralidad y de conducta, de las múltiples y entrelazadas afinidades de la afición humana y la relación histórica sobre las necesidades ficticias de la lógica abstracta.

La filosofía del conservador puede resumirse en la admirable declaración de Falkland: (16)

Si el cambio no es necesario, es necesario no cambiar.

El radical cree en la necesidad del cambio y en que, por consiguiente, debe procurarse el cambio. El cambio es un problema para el conservador. Es, al mismo tiempo, un axioma para el radical. El problema requiere estudio, en tanto que el axioma debe ponerse en práctica. A este respecto son muy adecuadas las frases siguientes escritas ha-

---

(16) Personaje principal en la novela de Godwin, *Caleb Williams*.

ce muchos años en *The Atlantic Monthly* y modificadas para adaptarse al concepto:

En un problema sobre el cual han meditado los sabios y aguardado largo tiempo antes de determinar el punto más sólido de aproximación, de pronto se precipita el radical con la cabeza baja desde cualquier punto de la línea que ocupe en aquel momento. . . . y el problema desaparece.

La actitud que asumen respecto del cambio la mente conservadora y la mente radical es característica e interesante. La mente conservadora siente una repulsión orgánica hacia lo nuevo. Todo lo nuevo es erróneo. La innovación es el pecado original de la sociedad.

«La idea es nueva, pero excelente», decía últimamente cierto conservador típico, discutiendo una innovación inofensiva. Lowell pinta admirablemente este sentimiento en las líneas siguientes:

Así, me vuelvo *Tory* por ahora,  
Y juzgo al radical un importuno,  
Incapaz de comprender, ¡el testarudo!  
Que aquello que fué bueno en el pasado  
Seguirá siendo bueno en el futuro.

La mente conservadora es tímida ante las nuevas ideas como una chiquilla en

presencia de extraños. Hay un alto impuesto de aduana sobre las ideas nuevas en todos los puertos conservadores. En muchos casos el impuesto sube casi hasta la exclusión. Esta feliz metáfora, cuya procedencia escapa a mi memoria, describe exactamente la situación. La estructura del orden social es una maravilla de perfección. Organizar los sentimientos, el criterio, las aspiraciones y propósitos de millones de personas, y asegurar actitud análoga entre ellas con respecto a los intereses más importantes de la vida es un milagro de potencia humana. No existirá el orden social hasta que los hombres piensen, sientan y juzguen de manera semejante, hasta que cooperen recíprocamente y confíen el uno en el otro. (17) Ahora bien: las emociones, normas y condiciones en que se expresan los intereses vitales y las proporciones que sirven de norte a la vida deben ser relativamente estables, o de lo contrario nos veremos arrastrados a la confusión. Es necesario soportar un

---

(17) A este desiderátum no se llegará jamás *estabilizando* los errores que separan a los hombres dentro de lo que el conservador llama el *orden establecido* y el radical llama el *desorden actual*.—E. J. R.

proceso largo, penoso e incierto antes de que un orden social pueda verse establecido. Mirah (18) dice en *Daniel Deronda*:

Me agrada aquello que he visto siempre, porque me hace experimentar de nuevo los mismos sentimientos: sentimientos de que no querría desprenderme por nada en el mundo.

Ahora bien: una idea nueva, una nueva teoría fundamental, ataca el orden establecido. Si la naturaleza fuera indiferente a este cambio, no habría seguridad para la civilización.

Esto ocasionó la asombrosa alabanza de la estolidez que lanzó Bagehot (19). Sostenía que la estolidez es la base de la estabilidad en la opinión pública puesto que «encadena a su feliz poseedor a los viejos ideales». Decía también:

La mejor garantía de la estabilidad de la opinión pública es que la gente sea incapaz de comprender lo que se dice del otro lado.

---

(18) Heroína de la novela *Daniel Deronda* por George Eliot: el libro revela la concepción del autor sobre el desenvolvimiento social, el poder de la tradición y la fuerza compulsora de la nacionalidad.

(19) Walter Bagehot, famoso economista, publicista y periodista: escribió varias obras de economía, política, y estudios sobre literatura; nació en Langport, Somerset, el 3 de febrero de 1826; murió allí, el 24 de marzo de 1877.

Belloc (20) nos recuerda que «las grandes instituciones de un Estado crean cierta atmósfera en su derredor, algo que podría llamarse un halo de ilusión.»

¿No es este halo más poderoso que cualquier argumento?

La estolidez no es cualidad que se encuentra únicamente en la gente ignorante. Un sabio profesor puede ser un político estólido. Un teólogo competente puede ser un pobre estadista. Coventry Patmore (21) decía de Tennyson:

Tenía una incapacidad peculiar para aceptar de primer impulso una idea nueva por la sola virtud de sus méritos.

De allí que la mente conservadora típica tienda a sentir cierta antipatía moral por todo lo nuevo. Lo nuevo parece malo; de consiguiente, está fuera de discusión. Después que el conservador imprime el sello de error moral sobre toda idea nueva, el progreso de esta idea se hace lento y sus propor-

---

(20) Hilaire Joseph Peter Belloc, escritor inglés y político liberal: nació el 27 de julio de 1870.

(21) Poeta y escritor inglés: nació en Woodford, Essex, el 23 de julio de 1823; murió, el 26 de noviembre de 1896.

ciones están reducidas en gran escala cuando llega el tiempo en que haya conseguido refutar el cargo. Entonces es posible llevar el debate a un punto en que el conservador se vea obligado a aceptar la nueva idea en vez de condenarla. Pero, por regla general, el espíritu conservador se opone a las innovaciones el tiempo necesario para que la idea se haga vieja y, por consiguiente, segura. Los teólogos han inventado una serie notable de frases, que comienzan con innovación y acaban con herejía, frases que determinarían la posición exacta de una persona que descendiera el camino de la ortodoxia a la herejía. Estas distinciones se establecieron con el objeto de mostrarse leales y justos con el innovador. Sin embargo, a fuer de frases, no ejercieron influencia alguna sobre la actitud emocional de los observadores. El sentimiento contra las innovaciones de toda clase es justificado por muchas razones. Saintsbury, (22) escribiendo acerca de Defoe, (23) decía que

---

(22) George Edward Bateman Saintsbury: crítico literario e historiador inglés: nació en Southampton, el 23 de octubre de 1845.

(23) Daniel Defoe: celebrado novelista inglés y escritor político, autor del famoso libro *Robinson Crusoe*: nació en Londres, probablemente en 1661; murió allí también, el 26 de abril de 1731.

los observadores han notado a menudo entre los ingleses

cierta tendencia a enfrascarse a cada paso en distinciones morales y a confundir todo aquello novel en la experiencia, desagradable al gusto y poco comprensible, bajo los epítetos generales de erróneo, pernicioso y chocante.

Cualesquiera que sean los términos empleados para definir la situación, parece que el impulso inicial del espíritu conservador de confundir lo nuevo con lo erróneo actúa como importante factor sobre el radicalismo, obligándole a aclarar sus ideas, a comprender sus limitaciones y a aplacar la violencia que expresan generalmente sus primeras protestas contra el orden establecido.

Hemos procurado, naturalmente, describir tipos y no individuos, y los hemos descrito con cierta exageración en la esperanza de despertar interés. Para completar este estudio trataremos ahora del tipo a medias conservador y a medias radical. Probablemente la mayor parte de nosotros pertenecemos a esta clase. (24) Puede comprenderse fácil-

---

(24) Así es. LA MAYOR PARTE, pertenecemos a la clase media entre el radical exaltado e impulsivo y

mente la definición del carácter de Maddox Brown, el prerrafaelista:

En pasiones y emociones era un *Tory* anticuado. Su razonamiento y las circunstancias hicieron de él, sin embargo, un revolucionario del tipo romántico.

La tarea de describir este tipo será menos interesante por cuanto es menos extrema. Hay, no obstante, otro aspecto del espíritu radical que puede mencionarse por vía de conclusión. Cuando el radical se halla en el poder, el nuevo ambiente pone en acción una serie de procesos mentales que tienden a hacerle conservador. Si el conservador desciende a posición social inferior, el proceso radical comienza su obra, pero encuentra campo menos favorable para la transformación. Se nos dice que en Alemania colocan a veces a los radicales en puestos de responsabilidad en la esperanza de que se vuelvan conservadores.

el conservador inconsecuente cuya mente está separada en compartimientos aislados. Entonces, si el Autor no juzga enteramente ficticias las necesidades de la lógica abstracta, habrá de convenir como buen pragmatista, en que esta clase media—que se apoya en lo establecido para mirar hacia el porvenir—constituye propiamente «el guardián de la civilización y el campeón de su continuidad».—E. J. R.

La responsabilidad ejerce efecto restrictivo. Los diarios referían hace algunos años que Arístides Briand «era suficientemente grande para arrojar a los vientos la consecuencia», al habérselas con la gran huelga que hubo de dominar en Francia. Procedió contra sus bien conocidas opiniones y sus confederados, cuando se vió frente a las complejidades amenazadoras de una situación crítica nacional. Mirar hacia lo alto las instituciones que nos aplastan, nos procura un punto de vista. Mirar hacia abajo, desde la seguridad de una posición exaltada, nos da otro aspecto de la situación. Cuando una revolución destruye a los conservadores que obstruyan el camino, se revuelve para destruir o suprimir a los radicales que la amenazan. Siempre que una revolución tiene éxito considera ataque a la ley toda contrarrevolución.

El espíritu conservador es el órgano de responsabilidad y de cautela en la sociedad humana. Es el asilo y el custodio reverente del alma nacional. El espíritu conservador es el guardián de la civilización y el campeón de su continuidad. El espíritu radical, con su

aguda sensibilidad para las injusticias y su atrevida adopción del nuevo pensamiento y de los nuevos ideales, prepara la vía del progreso, que es la ley de la vida. Naturalmente, nadie olvida los errores del espíritu conservador ni del espíritu radical. El uno necesita del otro. Cada uno es un peligro positivo sin el otro. Ambos van en persecución de la verdad, pero difieren en su concepto de la verdad y en la manera de buscarla. Los méritos y los errores de ambos, sus limitaciones, conflictos, derrotas y victorias tienen un lugar en los planes cósmicos de la naturaleza. La discreción presente y no la pasada es lo que puede asegurar al espíritu conservador aquella fe que las multitudes insisten en dedicar a alguna cosa. Por ahora, parece triunfar el espíritu moderado radical. Quizá el hecho de que nuestro jefe ejecutivo se haya calificado a sí mismo de «conservador activo», implica la esperanza, si no la promesa, de que el espíritu nacional conservador cumplirá su deber frente a nuestros problemas actuales, en vez de obligar a la confiada multitud a poner sus esperanzas en aquel radicalismo destructor del mundo.

[William Joseph Kerby nació en Lawler, Iowa, 20 de febrero de 1870; educóse en Saint Joseph's College, Dubuque, y en Saint Francis Seminary, Milwaukee; fué ordenado como sacerdote en 1892; ha estudiado en varias universidades de Europa; es profesor de sociología y decano de la facultad de filosofía en Saint Joseph's College; es autor de *Le socialisme aux Etats-Unis*, 1897.]

N. B.—He extractado este artículo del n.º 2. vol. IV de *Inter-América*. He omitido los trozos que me han parecido más desconcertantes por sus contradicciones, y he procurado corregir en lo posible la confusión que hace el Autor entre las palabras *educación e instrucción; hipótesis, ideal, generalización, teoría*, etc. En materia de lenguaje, el prof. Kerby no es conservador: es resueltamente anarquista, como la mayor parte de sus compatriotas. Particularmente chocante en un filósofo es el uso del término *teoría* en el sentido de algo diverso u opuesto a los *hechos*. Un gran conservador francés, excelente escritor, se expresaba, hace ya casi un siglo, en los propios términos en que lo hacen hoy los más notables filósofos:

«Una teoría de física es un sistema de HECHOS; una teoría en ciencia moral, es un sistema de razón.»—E. J. R.

# La hora suprema

## Los dos reconocimientos

—Los amigos de la actual Administración, han recibido con regocijo el reconocimiento otorgado al Gobierno del señor Acosta por el del Imperio Británico, primero, y el de los Estados Unidos de Norte América después, como consecuencia de aquél. Nosotros también—por amor a nuestra Patria—nos uniríamos a ese risueño concierto, en testimonio de gratitud nacional, si no mediara la circunstancia de que, no ha sido otro, que la necesidad de regularizar sus relaciones internacionales con este País,—para legalizar luego los reclamos a que ha dado margen, la imprudente, absurda y antipatriótica actuación de la Cámara de Diputados—el móvil determinante de ambos reconocimientos. Es de notarse, que la resolución de su Majestad Británica, de meternos a empellones—si fuere preciso—dentro del molde de la Ley y la cordura, por exigirlo así la protección debida a intereses suyos, impuso la tomada con el

carácter de *urgente* por Mr. Wilson— con iguales fines,—por más que lo de *urgente*, con que comienza el cable del Secretario COLBY, fuera sólo para el Cónsul Mr. Chase y no para el público. (1)

El Gobierno, procediendo con cordura, como ya lo ha iniciado, puede sin embargo, sacar buen provecho de ambos reconocimientos, por aquello de que no hay mal que por bien no venga.

### El reclamo del Royal

Bien sencillo de explicar por cierto: El Gobierno Tinoco—como cualquier otro podía hacerlo—tenía una cuenta corriente en el Royal Bank, que canceló con un *cheque* contra el *Banco Internacional*; éste pagó esa obligación con billetes de *mil colones* emitidos provisionalmente, pero con arreglo a la ley bancaria de emisión y a las que particularmente rigen dicho Banco. Así las cosas, el Gobierno de origen proditorio, del Sr. Aguilar Barquero, dictó el Decreto de 27 de setiembre último, sometiendo a una moratoria esos billetes, que los desnaturalizaba como tales, sin

---

(1) La *agencia*—llamémosla así—de los cónsules y agentes diplomáticos estadounidenses comienza a hacerse proverbial en el mundo entero. E. J. R.

otro fin ostensible, que el de pretender con ello, desvirtuar la Administración Tinoco, sin reparar en que con esta intromisión oficiosa, en una operación puramente bancaria, entre instituciones comerciales completamente ajenas a la voluntad oficial, se comprometía la existencia del propio Banco Internacional y se colocaba a la República dentro de las fauces de un posible reclamo extranjero.

Como era natural, el Royal Bank protestó contra la arbitrariedad del referido Decreto, sin conseguir otra solución del conflicto por la vía administrativa que la pobre y paladina confesión de insuficiencia gubernativa, contenida en el siguiente oficio:

«San José, 1° de diciembre de 1919.— Señor Administrador de The Royal Bank of Canada. Pte.—Muy señor mío: Refiriéndome a su atenta comunicación del día 28 de noviembre recién pasado, debo manifestar a Ud. que mi resolución definitiva, sobre la cual he oído opiniones respetables de nuestro foro, es dejar que un Gobierno *legítimamente* constituido le dé solución al asunto sobre que versa su reclamación.

ESTO NO QUITA QUE EL BANCO INTERNACIONAL PUEDA TOMAR, CON EL DERECHO QUE PARA ELLO LE ASISTE, EL CAMINO QUE A BIEN TENGA.

Soy con toda consideración muy atento servidor de Ud:

(f) F. AGUILAR B.»

Cerrado con esta nota el camino de la vía Administrativa, el Royal Bank, que no quiere separarse del derrotero que le marca la Ley, ocurre a la vía Judicial, llamada por la Constitución de la República, a resolver las querellas de este orden, con la mira de fenecer en nuestro Palacio de Justicia—como lo haría el más humilde de los costarricenses—la discusión de este asunto. Pero el *espíritu del mal*, que soplabá al oído del Dictador Aguilar Barquero, sin que le importara un comino la suerte de su Patria, no lo quizó así e hizo que este gobernante,—que ya sufría sobre su conciencia de ciudadano costarricense e hijo de la *Noble y leal Ciudad de Cartago* el peso de la *aceptación* de una *Presidencia* espúrea, como impuesta por un acto de piratería de Mr. Lansing,—dictara el *monstruoso*

Decreto N° 8 del 6 de marzo de este año, que dice: «Los Tribunales de Justicia son incompetentes para conocer o *seguir* conociendo de cualquier acción Judicial relativa a los títulos de crédito y demás diligencias especificadas en el Decreto 27 de setiembre del año pasado, que se *haya establecido* o que se intente establecer contra el Banco Internacional de Costa Rica o contra el Estado directamente, así sea para la declaración de derechos o como actos prejudiciales, o en ejecución de resoluciones o con cualquier otro fin; y aun cuando se trate de los *bonos* (sic) de mil colones depositados en el Banco Internacional de Costa Rica como provisión de cuentas corrientes o para ser pagados a plazo fijo o mediante el cumplimiento de alguna condición».

*Por sus obras los conoceréis*, dijo Jesucristo, y en verdad que por este Decreto y el de Nulidades, hemos llegado a conocer al señor Aguilar Barquero. No parece sino que la violencia que lo impuso al Gobierno Nacional, lo contagiara al dictar ambos decretos.

Como se ve, también el camino de la Justicia Común, que no se le niega al

más infeliz habitante de nuestro suelo, le fué cerrado al Royal Bank por la arbitrariedad del Decreto inserto, empujándolo así, con nuestras propias manos, al único que se le dejaba libre: al del reclamo internacional, que según parece está ya planteado por el Gobierno Inglés, en el sentido de exigir que se respeten y cumplan las leyes del Estado—¡nuestras propias leyes!, —atropelladas por el Decreto del Dictador Aguilar Barquero, en perjuicio de The Royal Bank of Canada. Este es en síntesis el grave asunto que tiene muy justamente preocupado al País que espera del patriotismo y energía de su gobernante, señor Acosta, que ha de impedir que caiga en el abismo, hacia donde lo empujó la maldad del consejo de un ministro apasionado y la debilidad de un mal Presidente.

De *La Verdad*, 8 de agosto 1920. GEOFREDO

Amable y risueño horizonte se vislumbra en la República: con Inglaterra marcha la libertad para los pueblos: Bélgica nos lo dice en ese tono olímpico de su reciente victoria.

*La Semana*, 7 do agosto 1920.

## Miscelánea

Como encargado de uno de los alumnos del IV año, me dirigí al Sr. Director del Liceo de Costa Rica, en la última semana de julio, con el fin de llamarle la atención sobre el abuso cometido por dos profesores de ciencias que habían señalado para sus lecciones la hora de 6 a. m.

Había abuso, a mi juicio, por dos clases de razones: de higiene y de urbanidad, comprendiendo con este último nombre el conjunto de atenciones que hacen agradable la vida social.

Se pecaba contra la higiene por dos motivos: por el número de ejercicios escolares que se veían obligados a soportar los alumnos entre el desayuno y el almuerzo y por la hora escogida para comenzar dichos ejercicios.

Esto de la hora era lo más curioso. Vivimos en un clima tropical y húmedo, en donde la mayor parte de la población revela desde la infancia cierto entorpecimiento del hígado y de los riñones y una inmensa predisposición

a las enfermedades parasitarias del tubo digestivo, circunstancias que exigen evitar la humedad crespular de la mañana y comenzar el día con los cuidados del aseo personal y con un ejercicio puramente físico y alegre, en lugar ventilado y seco, ¡y habíamos de lanzar a nuestros muchachos por los barrizales de San José, para meterlos en una «clase de fisiología» a las seis, hora en que apenas deberían salir de la cama!

Y luego, atendiendo a la urbanidad únicamente, ¿qué significa—me decía yo—, de parte de nuestro más importante colegio, ese desconocimiento del género de vida de nuestras familias, de la organización de nuestro servicio doméstico y de la consiguiente imposibilidad de que un joven salga de su casa antes de las seis de la mañana debidamente limpio y desayunado?

¿Hasta cuándo había de plegarse la naturaleza a las conveniencias de los que se llaman maestros, en vez de plegarse éstos a las necesidades de la naturaleza?

Nó obstante la forma de mi carta—que quizá pareció destemplada y aun grosera al Sr. Director del Liceo—, me respondió éste atentamente prometiénd-

dome arreglar las cosas del mejor modo que le fuera posible.

Posteriormente he sabido que en el Colegio Superior de Señoritas ocurre algo peor que lo del Liceo de Costa Rica, pues las víctimas son ahí más débiles y de un sexo que reclama mayores miramientos de higiene y de urbanidad. ¡Ojalá se sirva también su señor Director conceder un momento de atención a mis observaciones!

En materia de higiene cerebral, diríase que nuestros pedagogos llevan 30 años de atraso; pues se muestran desconocedores de cuanto se ha descubierto de Brown-Séquard y de Mosso para acá, no sólo en lo relativo al papel de las glándulas de secreción interna (glándulas intersticiales, tiroides, pituita, etc.) en conexión con el cerebro, sino también en lo concerniente a la manera de apreciar la atención y medir el cansancio. Para ellos, con decir «*ejercicio intelectual en la mañana*», está dicho todo. Poco importa que la experiencia demuestre lo ineficaz y malsano del aprendizaje, si con esa fórmula quedan

contentos los ignorantes y descargados a la ligera los maestros y administradores.

\*

Ahora una opinión concreta, que no agradará ni a maestros ni a alumnos, pues unos y otros quisieran dar a la escuela el tiempo peor de cada día:

En San José, tomadas en consideración las condiciones de clima (temperatura, presión barométrica, meteoros eléctricos, etc.) y las fisiológicas, según cuanto he observado durante muchos años en más de 200 niños y adolescentes, deberían quedar excluidas de los horarios escolares (1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> enseñanza) las siguientes horas:

1.<sup>o</sup> Las del sueño: 8 ó 9 p. m. a 6 a. m.

2.<sup>o</sup> Las de comida y cuidados privados, procurando volver al antiguo régimen temprano y sobrio de Costa Rica.

3.<sup>o</sup> Las de «*pesadez del tiempo*»: 9 a. m. a 3 p. m., la primera de las cuales (9 a 10 a. m.) es además por lo general una hora de excitación sexual para nuestros adolescentes.

En conclusión: yo señalaría como *tiempo escolar máximo*: dos horas en la

mañana (en ningún caso antes de las 7 ni después de las 9 y  $\frac{1}{2}$ ) y cuatro horas en la tarde (elegidas de 3 a 8 p. m.). Y quedando bien entendido que ningún trabajo *intelectual* debe ser exigido al alumno fuera de la escuela o del colegio.

Ejemplo de horario general:

Escolares de 1.<sup>o</sup> y 2.<sup>o</sup> grado:

7  $\frac{1}{2}$  a 9  $\frac{1}{2}$  a. m.

Escolares de 3.<sup>o</sup> a 5.<sup>o</sup> grado:

7 a 9 a. m. y 3 a 5 p. m.

Colegiales de años inferiores:

7 a 9 a. m. y 3 a 5 p. m.

Colegiales de años superiores:

7 a 9 a. m., 3 a 5 p. m.,

6  $\frac{1}{2}$  a 8  $\frac{1}{2}$  p. m.

\*

Invitado por el Sr. Secretario Particular del Presidente de la República a asistir a la asamblea de ciudadanos que se verificó en la Casa Presidencial a las 2 p. m. del sábado 31 de julio, con el objeto de deliberar acerca del decreto N.º 41 emitido por el Poder Legislativo, respondí expresando mi agradecimiento y manifestando que no asistiría por faltarme las luces del Derecho y la serenidad requeridas. «Una oleada de indig-

nación—agregué—me ha agitado al enterarme de los considerandos y artículos de dicho decreto, y he quedado perplejo preguntándome si es una obra de pérfidos o de necios».

Al lector que desee una información seria y decisiva sobre el citado decreto, le recomiendo la lectura del artículo intitulado *Ley de Sanción* publicado en *La Verdad* del propio sábado 31 de julio. En el mismo periódico encontrará otro artículo importante, intitulado *Banco del Estado*, sobre otra barbaridad que está en el aire.

\*  
Homeópata es el médico que acepta el aforismo *similia similibus curantur*. Alópata es el que sostiene el aforismo opuesto: *contraria contrariis curantur*.

Quimioterapeuta es el médico para quien la *acción química* de los agentes de curación empleados representa el principal papel. Es fisioterapeuta el médico que se preocupa particularmente con la *acción física* de los agentes que utiliza en sus tratamientos.

Relativamente a las dosis, los médicos reciben diversas denominaciones. Podemos llamar minimistas a los que

procuran prescribir las menores dosis eficaces, y maximistas a los que procuran ordenar las mayores dosis inofensivas.

Por consideraciones fundamentales de las escuelas a que pertenecen, el homeópata clásico y el médico fisioterapeuta prescriben siempre dosis mínimas cuando se trata de sustancias que deban ser ingeridas; pero no por ello deben ser confundidos, pues hay muchos fisioterapeutas que no reconocen el principio de los similia. Entre éstos está el Dr. Maggiorani, que es también ejemplo de minimista aun en el caso del empleo del calor, la electricidad y demás agentes semejantes.

¿Y cuál será el mejor médico?—Para mí, el ecléctico, que sabe ser homeópata, alópata, fisioterapeuta, minimista, etc., según lo exijan las circunstancias. Las escuelas de medicina que acabo de citar y otras cuyos nombres no venían al caso, todas han descubierto algún lado de la verdad. Ya vendrá el día en que se realice la síntesis de sus descubrimientos y se unifique la teoría de la medicina.

\*

Los gobiernos han inventado una moral nueva, la moral de los intereses; la de los deberes se queda para los tontos.

CHAUTEAUBRIAND

\*

*Salus populi suprema lex esto* (la salvación del pueblo, suprema ley sea), es la frase petulante con que se encubre siempre la moral de los intereses. A falta de razones, la veréis siempre arriba en las circulares de policía.

\*

La experiencia, dice Franklin, tiene una escuela que cuesta muy caro; pero es la única en que pueden instruirse los insensatos.

\*

No tengo noticia de que haya ocurrido en Costa Rica desgracia mayor que la simbolizada por el arribo de don Alfredo González Flores al poder. Lo dije en mayo de 1916; lo repetí en julio de 1917 (V. *Eos*), y vuelvo a sostenerlo en agosto de 1920; pero tengo la convicción de que la cadena de males sin nombre que vemos desarrollarse desde

1914 llegará muy pronto a su fin. Ya lo verán los jóvenes que me leen.

\*

En todo tiempo y en todo lugar se ha juzgado un deber el sacrificarse por la patria. Lo inverso, querer que la patria se sacrifique por uno, es un colmo de ruindad y de absurdo. Y estos colmos son siempre. . . . presagio del desenlace de una situación anormal.

\*

Ernesto Haeckel a su madre: Tú fuiste quien desde mi más tierna infancia supo cultivar y perfeccionar en mí el amor por la naturaleza infinita; tú has sabido enseñar al adolescente el valor del tiempo y la dicha del trabajo; tú has acompañado mis destinos, a menudo caprichosos, con aquel interminable cúmulo de penas y de cuidados que halla toda su expresión en la sola palabra *amor maternal*.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

1.º de agosto de 1920.